

Epílogo

Nace un movimiento solidario global

“La experiencia histórica demuestra que en este mundo no se consigue nunca lo posible, si no se intenta lo imposible una y otra vez.”

Max Weber

“...el que no tiene ojos para soñar, no ve los sueños ni de día, ni de noche.” Gioconda Belli

La crisis está instalada

Las diversas y en extremo costosas acciones de rescate, que las instancias estatales debieron introducir en muchos países desde el cambio de milenio para preservar del hundimiento al sistema capitalista, son pruebas contundentes de que el mercado por sí solo no está en condiciones de efectuar las correcciones estructurales necesarias. El *laissez faire* de los últimos tiempos, con todas sus liberalizaciones y desregulaciones, ha sumido a amplios sectores del mundo en un fiasco colosal.

El modelo de crecimiento imperante hasta ahora, que descansa sobre el endeudamiento ilimitado, está agotado. La creciente polarización social expresada en una minoría riquísima y una mayoría que, según el grado de desarrollo de su país, debe resignar cada vez mayor bienestar o, en el caso del Tercer Mundo, está condenada a la miseria y la desesperanza, ha conducido en las últimas décadas, con el aumento de la concentración de poder monetario, económico y político tanto como el de la propiedad privada, a un renacimiento del feudalismo. Éste, por otra parte, fortalece las injusticias sociales en un movimiento de espiral incontenible desestabilizando así a la sociedad. Por presión de la clase dominante y de los economistas y medios masivos de comunicación a su servicio, en los últimos años muchos gobiernos y parlamentos han decidido desgravaciones impositivas, que nuevamente sólo favorecen a los ricos, mientras simultáneamente se abren agujeros cada vez mayores en las finanzas públicas. Reducciones de presupuesto, sobre todo para educación, formación, cultura, asistencia sanitaria y jubilaciones fueron la consecuencia. Esto es letal para la cohesión social y la paz en el mundo.

Semejante política desemboca tarde o temprano en un apartheid global. Sin embargo, sería una ilusión fatal para los ricos, el creer que ellos pueden ser felices solos en una isla de la abundancia. Ellos mismos estropearían esa isla al agotar recursos finitos y al polucionar y destruir a la Naturaleza en su afán de bienestar material y lujos insensatos cada vez mayores. Justamente la catástrofe ecológica a la que conduce el intento de superar la escasez de energía a través del aprovechamiento de la fisión nuclear, debe abrirnos los ojos para ver en qué callejón sin salida estamos metidos si seguimos por este camino.

Las numerosas citas de medios burgueses que he mencionado en las páginas precedentes de este libro nos demuestran que incluso la propia clase capitalista ha perdido el rumbo. Como Ota Sik apunta al final de su obra épica, los voceros de esa clase se tienen por “los auténticos guardianes de la libertad empresaria y de la economía de libre mercado y han luchado desde siempre contra todas las limitaciones estatales a esta libertad. Pero notan cada vez más que la economía de libre mercado hace tiempo que se ha vuelto una ilusión teórica y que de ella han surgido concentraciones tan poderosas que limitan y socavan el libre juego del mecanismo de mercado cada vez más”.

Sin duda, la crisis sucede en un momento, en que tampoco la izquierda sabe cómo solucionar este embrollo económico, social y político. No ha podido presentar ningún proyecto alternativo creíble desde el derrumbe del socialismo soviético en Europa. Es por esto, entre otras cosas, que la derecha hoy está en el poder – y donde gobierna la izquierda, ejecuta mayoritariamente políticas de derecha. No obstante lo cual, de la crisis pueden surgir programas alternativos. Este fue el caso después de 1929, cuando las recetas del *New Deal* de Roosevelt llegaron al Frente Popular en Francia y a algunos países latinoamericanos hasta bien entrados los tiempos de posguerra. Pero para una política que siga las ideas de un Lord Keynes con un alegre *deficit spending*, tal como se la ha ejercido durante décadas, ahora ya no hay más margen.

Por otra parte, el argumento de que las crisis recurrentes del capitalismo tendrían un “efecto depurador” y de que, por lo tanto, serían necesarias para “renovar” el sistema, ha caducado. En la época del neoliberalismo, una autodepuración semejante ha sido sistemáticamente obstruida durante décadas a través de la política financiera y económica del gobierno estadounidense y por el sistema de la Reserva Federal bajo Alan Greenspan y Ben Bernanke, con emisión de dinero desbordante y emisión de deudas en dimensiones colosales. Otras potencias industriales –sobre todo en el ámbito europeo– han imitado irreflexivamente esta política perniciosa. Por eso, la crisis del sistema de economía privada no pudo ser evitada de ninguna manera ni a este ni al otro lado del Atlántico, sino que fue aplazándose cada vez un poco más hasta alcanzar, debido a ello, dimensiones cada vez más explosivas.

Ahora comienza un nuevo ciclo. El modelo de una sociedad y economía solidarias, que encuentra cada vez más adherentes a nivel mundial, quiere evitar semejantes abusos con sus consecuencias catastróficas a nivel social reduciendo pacientemente el potencial de crisis y conflictos. El elemento más importante de las reformas radicales tiene que ser la democratización de las estructuras económicas y políticas. Un retorno a las políticas socialdemócratas como aquellas de Blair o Schröder ya no alcanza. Querer refugiarse en modelos de bienestar limitados a lo nacional, sería igualmente erróneo, porque en un mundo globalizado las luchas restringidas dentro de las propias fronteras están inevitablemente condenadas al fracaso. Más bien hay que encontrarle un nuevo sentido a la globalización y éste sólo puede consistir en una decisiva revalorización de la solidaridad.

En este nuevo ciclo se revertirán las prioridades: el peso principal de los costos del desastre ocasionado por los neoliberales debe ser descargado en los estratos ricos y opulentos de la población y deben ser preservadas las conquistas de política social del siglo XX sobre todo para las clases populares más bajas. Dicho de otra manera: privatizar las pérdidas y socializar

las ganancias. Los frutos del desarrollo en ciencia y tecnología deben pasar a ser accesibles a todos los seres humanos. Además, la fórmula patentada del *too big to fail* debe ser revertida: *too big to be saved*, es decir, que empresas y bancos jamás deben volver a ser tan grandes como para que tengan que ser rescatados por los contribuyentes.

Comparto el convencimiento del filósofo norteamericano John Rawls de que en el marco de un capitalismo como lo hemos vivido y padecido en los tres siglos pasados, no puede haber justicia para la mayoría del pueblo y de los pueblos. La manifestación más ostensible de los problemas estructurales que el capitalismo ocasiona y continuamente agudiza a nivel global son los tremendos movimientos migratorios que se han producido en las últimas décadas de dominio neoliberal. Millones y millones de personas, que ya no vieron posibilidades de una vida digna en Asia, África y América Latina, se pusieron en marcha para comenzar de nuevo en un mundo –aparentemente– mejor. Y ahora vienen a golpear a las puertas: en Lampedusa y las Islas Canarias, en Ceuta y Melilla en el Estrecho de Gibraltar, en el Mar Egeo, en la cerca electrificada entre México y los Estados Unidos, junto al muro de hormigón que Israel construye con líneas grotescamente tortuosas por Cisjordania.

El destino que les espera en los países anfitriones es, en la mayoría de los casos, duro y amargo. Quizás encuentren ocupación como trabajadores “informales”, “flexibles”, temporarios o hasta ilegales allí donde ningún habitante nativo quiere desempeñarse: la recolección de residuos, como personal de limpieza o doméstico, en servicios sexuales o como ayudantes en los campos. En algunos de los países anfitriones, de estas condiciones precarias de trabajo y supervivencia al trabajo esclavo y la trata de personas hay sólo un paso. A menudo las víctimas también tienen que soportar las acusaciones de ser parásitos sociales o de reducir los ingresos de los trabajadores y empleados “regulares” a través del *dumping* salarial. En realidad, las fronteras hoy sólo están abiertas para aquellas personas de países lejanos que traen una buena educación o una fortuna propia. Por el contrario, inmigrantes “malos”, es decir, con poca o ninguna cualificación, muchas veces son intimidados deliberada e inescrupulosamente.

La huida de millones de personas, víctimas de nuestra política económica y comercial neocolonialista, del saqueado Sur al adinerado Norte debe ponernos frente a los ojos que la supervivencia ecológica, social y política del mundo en que vivimos es problema de todos. La edificación de nuevos muros y alambrados de púas, las patrullas de ejércitos de ciudadanos fascistoides y la transformación de Europa y Norteamérica en fortalezas no van a modificar nada sustancialmente. En tanto nosotros, habitantes del Norte, responsables principales de este estado desastroso de cosas, busquemos la salvación en medidas represivas, con sistemas carísimos para controlar nuestras fronteras y mares, nos hacemos culpables de la autoría de violencia estructural. Sólo si colocamos la convivencia de pueblos hasta ahora ricos y pueblos hasta ahora pobres sobre la base de relaciones económicas y comerciales globales más justas –esto es, más solidarias–, habrá soluciones para el fenómeno de la migración masiva, originada en la necesidad.

La resistencia se pone en movimiento

Por muchos años, el neoliberalismo hizo y deshizo a su antojo como se le venía en gana. El derrumbe del sistema de poder soviético le había cortado de cuajo el vuelo a la izquierda por

largo tiempo. Pero cuanto más se acumulan ahora los síntomas de crisis, tanta más resistencia se erige contra los dictados del clan neoliberal y su política megalómana.

Los bolivianos dieron un ejemplo sorprendente. Su “Guerra del agua” en Cochabamba (2000), documentada magistralmente en la película “También la lluvia”, una coproducción española-mexicana-francesa bajo la dirección de Icíar Bollain, ha modificado drásticamente el destino de esta nación sudamericana y le ha servido a otras de ejemplo. Los bolivianos ganaron esta “guerra” contra una de las empresas norteamericanas más poderosas a la que un gobierno neoliberal le había entregado el monopolio sobre el abastecimiento de agua potable en aquella ciudad. Pocos años después la población mayoritariamente indígena de este país se defendió de forma igualmente inquebrantable y exitosa contra la privatización y el saqueo del gas natural.

Los latinoamericanos también dieron un paso importante con la creación y reiterada realización del Foro Social Mundial, al comienzo en Porto Alegre, ciudad al sur de Brasil, y en años posteriores, en diferentes lugares del Tercer Mundo. Otros hitos en el camino hacia la formación de conciencia, la emancipación y el *empowerment* (empoderamiento) han sido sentados en los encuentros Cumbre de Pueblos Iberoamericanos. La comunicación en red entre los diferentes movimientos, el mejoramiento de la propia organización y la participación interna tanto como la formulación de objetivos tácticos y estratégicos han hecho significativos progresos de reunión en reunión.

En Alemania, Inglaterra y varios otros países industrializados, la oposición contra más privatizaciones, sobre todo donde afectan servicios sociales básicos, y contra la política neoliberal, en general, también ha crecido. Esta corriente básica se expresa además en la resistencia frente a onerosos proyectos de infraestructura como la construcción de una nueva terminal ferroviaria en Stuttgart, la celebración de Juegos Olímpicos de Invierno cerca de Munich y una nueva ampliación de los aeropuertos de Frankfurt y Berlín. Debemos tener en claro una cosa: esta lucha sólo puede tener éxito, si –tal como exponen una y otra vez Michael Hardt y Antonio Negri– se lleva a cabo a nivel mundial, si la idea de ciudadano del mundo ha prendido en nuestro interior más profundo.

Creo haber demostrado aquí, que la fórmula thatcheriana (“There Is No Alternative”) no es otra cosa que un embuste y que efectivamente existen alternativas para abrirle perspectivas más humanas a la sociedad. Algunos de los autores en los que me apoyo directa o indirectamente en este libro, como Freystedt y Bihl, Albrecht, Boron o Hinkelammert, parten con razón de la base de que sobre nuestra Tierra “hay lugar para todos”, de que sólo debemos encauzar el desarrollo correctamente para ir acercándonos a ese objetivo. Predicar la ausencia de alternativas es en sí ya una prueba de pensamiento autoritario. Porque alternativas siempre hay – si no estaríamos definitivamente en el “fin de la historia” y con ello, en el fin de la Humanidad. Es decir, habríamos llegado a nuestra propia destrucción. Únicamente los sistemas políticos inútiles y destructivos pueden reivindicar que frente a ellos no haya ningún tipo de alternativas.

Contra semejantes pretensiones debe llamarse a la resistencia, a romper con los poderosos, siempre con la clara conciencia de que las ideas son, al fin y al cabo, más fuertes que la violencia.

A partir de 2011 una cantidad cada vez mayor de personas pareció comprender que –en contraposición a la prédica de los neoliberales– efectivamente hay alternativas a la política de maximización de ganancias seguida desde hace muchas generaciones. En algunos lugares, por ejemplo en Gran Bretaña, la incipiente resistencia pudo haberse manifestado al principio en desórdenes sociales, aparentemente anárquicos, que le fueron adjudicados a aquellos elementos de la sociedad que más habían sufrido bajo aquella política: los jóvenes y los negros. En el mundo árabe, los levantamientos que desde comienzos de 2011 se van dando como piezas de dominó uno después del otro –aunque bajo situaciones muy diferentes– demuestran adónde pueden conducir la polarización social y la extrema unilateralidad de la distribución del poder. Incluso Israel, que hasta ahora pudo haber seguido las sublevaciones a su alrededor con alegría malsana y ligera preocupación por el ambiente amenazador, vivió un despertar de las clases medias y bajas en su propio país.

El presidente de Venezuela, Hugo Chávez, ya mostró al mundo con su decidida conducta frente a los diferentes intentos de golpe de estado de las fuerzas burguesas, cómo se puede modificar una sociedad en crisis sin eliminar a los adversarios. Sin entrar en una pelea a muerte, poco a poco él les sustrajo poder político fortaleciendo las posiciones de los postergados de siempre mediante el fomento de formas productivas cooperativas y alternativas. De esta forma consiguió que pueda surgir entre ellos una conciencia crítica – también con respecto a su gobierno– y que se despliegue cada vez más iniciativa personal. Se desató así en el país petrolero sudamericano un proceso democrático radical que es hostigado fuertemente desde el campo burgués, pero que pudo consolidarse hasta hoy en medio de todas las dificultades y resistencias sin que tuvieran que limitarse drásticamente las libertades fundamentales de uno u otro lado.

En los últimos años y décadas, tanto en el Norte como en el Sur, surgieron como hongos innumerables organizaciones que en teoría y práctica hacen germinar esta conciencia y autoconciencia alrededor de la necesidad de crear nuevas bases para la sociedad del futuro. Algunas como Blue Planet Project o Amis de la Terre centran su preocupación en los recursos naturales más importantes como el agua potable. Otras como Greenpeace, Attac, Avaaz, numerosas organizaciones en el ámbito francófono que se califican como partidarios del así denominado altermundismo, y, en los últimos tiempos, también el movimiento Occupy Wall Street abren el abanico de sus intereses mucho más allá. Miles de tales activistas participaron en los últimos años en los Foros Sociales Mundiales como representantes de sus pueblos. Otros tomaron parte en grupos religiosos y decenas de miles de comunidades de base, que se desempeñan socialmente en América Latina. Millones de indígenas fundaron organizaciones propias para luchar por sus legítimas reivindicaciones. Activistas de derechos humanos, mujeres y defensores del medioambiente entienden también cada vez mejor, cómo hacerse escuchar a través de las redes sociales.

Hoy en día se puede cifrar esperanza de cooperación incluso con algunas organizaciones de la ONU, como la UNCTAD (comercio mundial y desarrollo), UNDP (calidad de vida) y CEPAL (política económica en América Latina), que no han sucumbido totalmente al dictado neoliberal. La red global por justicia impositiva (TJN), movimientos de agricultores como Vía Campesina, surgidos en Sudamérica y hoy conectados con todo el globo, todas las diferentes organizaciones no gubernamentales (ONG) que se ocupan de la ayuda para el desarrollo (y

que, en algunos casos, la ponen en tela de juicio)... son cientos de millones de personas que están activas en semejantes movimientos populares (tipo *grass root*) y que tienen un denominador común que los une: su idea central de solidaridad y de que, en realidad, todas ellas juntas son mucho más poderosas que todos los clanes y cárteles, asociaciones y sociedades secretas de las minorías dominantes.

Tales organizaciones surgidas desde la base popular fueron las que en levantamientos y revoluciones ya jugaron muchas veces un papel eminente. Así sucedió en 1871 en la Comuna de París, en 1918 en Alemania (inicios de una República de Consejos), en 1936 otra vez en Francia y casi al mismo tiempo en España, en la Revolución Rusa y en la China y seguramente también en Vietnam y Cuba.

Para que puedan suceder acontecimientos sociales y políticos de tal envergadura, los sindicatos y sus partidos aliados deben ser insuflados con un nuevo espíritu. Debe ser rasgado el viejo entretejido con factores de poder burgués y debe buscarse con todas las fuerzas la unión con los movimientos de base. El primer objetivo de una política de alianzas tan ofensiva debe ser el fortalecimiento de la democracia interna del movimiento reformista radical. Su credo común será, por un lado, el rechazo al principio de acumulación de capital por maximización de ganancias sin consideraciones sociales y ecológicas y del crecimiento a cualquier precio y, por el otro, la lucha por el principio de la solidaridad con ayuda de una política impositiva fuertemente progresiva y una democratización sustancial de la economía a través de cambios en las relaciones de propiedad.

A la nueva alianza se le sumará la tarea de compaginar los multifacéticos intereses de los movimientos sociales que se han unido, es decir, subordinar cuestiones tanto sectoriales como locales al objetivo estratégico común. Recién cuando claras mayorías hayan alcanzado la conciencia de que la diversidad entre ellas debe estar puesta al servicio de la unidad, la lucha por el nuevo orden registrará progresos y éxitos. Dicho de otro modo: debe ser puesto en el centro de toda acción política aquello que en opinión de Colin Crouch “es imprescindible para todos los grandes movimientos: el descubrimiento de una identidad que hasta ahora no había encontrado ninguna expresión política.”

Democracia desde abajo, libertad para todos

En todo el mundo la historia nos enseña que la auténtica democracia crece desde la base. No puede ser concedida por la superioridad como una dádiva generosa, sino que debe ser conquistada siempre de nuevo contra la voluntad de los que dominan. Da lo mismo que los que manejan los hilos tras bambalinas sean grandes capitalistas o cualquier burócrata de los que otrora manejaron las palancas de mando del poder soviético.

La verdadera democracia sólo es posible cuando el poder se distribuye a todo nivel, cuando para cada posición de poder existe un contrapoder que la controla. Un contrapoder semejante se organiza bajo la forma de consejos de todo tipo. Las personas deben encontrarse en comunidades de base, sindicatos, ONG, asociaciones, redes, *thinktanks* y parlamentos y deben tener el derecho de elegir por sí mismos a los miembros de consejos competentes y expertos en todos los niveles. Todos los residentes habilitados en determinada comunidad, todos los domiciliados allí efectivamente y, por lo tanto, también contribuyentes (naturalmente también

aquellos que por sus modestos ingresos no tributan), tienen que poder estar al tanto y participar en las decisiones. Las elecciones –también la revocación anticipada de mandatos– y las consultas populares deben convertirse, en la era de la informática, en herramientas permanentes de la coparticipación.

Sólo bajo semejantes condiciones previas puede empezar a hablarse de libertad – una conquista que hasta ahora falta en todos los regímenes comunistas, también en la mayoría de los socialistas y de facto también en muchos países gobernados de forma capitalista o neocolonial. Entonces surge de inmediato la pregunta acerca de cómo deben ser tomadas las decisiones en los diversos órganos de coparticipación. El consenso absoluto, es decir, querer alcanzar el ciento por ciento de aprobación ha demostrado ser una regla obstaculizadora y además superflua. Por otro lado, en algunos casos una mayoría simple común (la mitad más uno de los votos) puede ser insuficiente. Debido a eso para los consejos hay que trazar normas precisas en todos los niveles, cuándo será necesaria una mayoría de dos tercios y cuándo una aún mayor para otorgar a todas las resoluciones la legitimidad suficiente. Por el contrario, las minorías respectivas deben resignarse a que, después de profundo debate, su voluntad y sus convicciones fueron rechazadas por una sustancial mayoría de votos.

La receta para las enfermedades de la democracia es, tal como opinan famosos filósofos y políticos, más democracia y no menos. Me atrevo a afirmar que un disparate tan tremendo como el de querer fabricar combustibles a partir de alimentos, sólo para mantener en movimiento una marea de vehículos, siempre en irrefrenable aumento y obedeciendo a los dictados del lobby automotriz, jamás sería posible en sociedades con auténtico funcionamiento democrático. Tampoco se aprobaría una desregulación de los mercados financieros como la que se impuso antes y después del cambio de milenio por presión de los neoliberales y perjudicando a toda la economía. La privatización de sistemas de provisión de agua potable y de energía, de ferrocarriles y correos, la legalización de patentes sobre seres vivos y muchos otros absurdos no tendría ninguna chance de hacerse realidad. Una comunidad, orientada por el principio de solidaridad, pondría freno por todos los medios a semejantes aberraciones en cada uno de los casos.

No obstante, dos salvedades son necesarias: primera, la democracia ilimitada, crecida de abajo hacia arriba, no debe ser confundida con ingenuidad o despreocupación. Nuevamente es la historia la que nos enseña que los intereses más poderosos de la sociedad capitalista, organizados en monopolios y cárteles, se defienden enérgicamente, con violencia y alevosía contra aquellas fuerzas que quieren ponerle límites a sus privilegios. El estado de alerta, junto a toda la importancia capital que le atribuimos a la práctica democrática, será uno de los mandamientos máximos para la supervivencia de una sociedad solidaria.

En segundo lugar, “cada vez más democracia” requiere una voluntad política incansable. No alcanzará con anunciar altos objetivos. Desde el primer día, el camino hasta la consolidación de la solidaridad como principio de la política debe ser conquistado y transitado; un largo, en realidad, infinito camino de formación de conciencia política y esto significa aquí: de conciencia cívica. Esto nuevamente presupone que estamos dispuestos a someter todos nuestros planes y proyectos a la reflexión constante, a buscar siempre el acuerdo en lugar de la confrontación y a fomentar compromisos en lugar de imponer dictados. El lugar físico de

semejante actividad cívica y cosmopolita permanente será el consejo, la arena, el foro, en el cual todos, desde el sabio más anciano hasta el adolescente más impetuoso, tomen la palabra.

Aburrimiento, vacío, frustración y apatía son malos consejeros. El que sucumbe a ellos, facilita el juego egoísta y materialista de los poderosos. Las viejas élites dispusieron de suficiente tiempo y oportunidad para manipular el pensamiento y accionar de la “mayoría silenciosa”. Los seres humanos con conciencia solidaria ya no participan más de este juego.

Un programa conforme al principio de solidaridad

Las prioridades de la política económica y financiera deben ser redefinidas y adecuadas, en primer lugar, a las necesidades básicas de la mayoría de la población. El instrumento más importante para la creación de condiciones sociales justas es la política impositiva. No puede seguir existiendo ningún tipo de paraíso fiscal ni privilegio tributario. Una política impositiva progresiva y duradera puede ser llevada a cabo sólo dentro de un marco global. Necesita de acuerdos internacionales que sean vinculantes para todos los países.

Otra tarea inmediata, que debe ser emprendida al mismo tiempo que la conversión a una política impositiva solidaria, es la democratización de la economía. Ésta debe apartarse del capitalismo depredador que ha reducido a cientos de millones de personas a trabajadores esclavos. La nueva economía reducirá la producción de bienes lujosos a una medida tolerable para la sociedad y la Naturaleza y se esforzará tanto más por el abastecimiento de alimentos necesarios para todos los ciudadanos del mundo. O sea, que la nueva política de inversiones tendrá que concentrarse en las necesidades reales de las grandes masas populares, sobre todo en la educación, formación y el perfeccionamiento, en la edificación de viviendas dignas, en la asistencia para la salud y la búsqueda de tecnologías modernas al servicio justamente de esta demanda mayoritaria en todas las ramas de la ciencia.

En la medida, en que la nueva sociedad se establezca y consolide, se podrá reducir también paso a paso –de ser posible también con amplios pasos– los gastos en armamento. Ciertamente aquí se planteará la cuestión de poder y no sólo desde el lado de la industria armamentística, sino de todos los sectores en los que el gran capital es hegemónico. No se puede abrigar ninguna ilusión: sólo cuando el movimiento Solidarity, después de un largo proceso político de concientización y madurez sea suficientemente fuerte, las relaciones de poder, con ayuda de la política impositiva y la democratización económica, podrán modificarse a su favor.

El despliegue de las fuerzas productivas bajo condiciones solidarias requiere la institucionalización de la administración coparticipativa o autogestionada de los trabajadores y su participación democrática en el planeamiento y la dirección. Ambas instancias no pueden hacerse realidad del día a la noche. Esto presupone un proceso de aprendizaje intensivo de todos los involucrados, donde justamente los sindicatos deberían jugar un papel activo. Especialmente en países en desarrollo, podría ser necesario, obrar rápido y enfáticamente para poner bajo control comunitario las ramas de la producción más importantes para las necesidades básicas y, aun en un marco limitado y al comienzo únicamente en determinados sectores, poner en marcha un desarrollo independiente en tecnología e industria.

Todos los esfuerzos deben desembocar en combatir el gigantismo en la economía. Muchos problemas, que culminaron en la crisis de 2007 y sucesivas, tuvieron su origen ahí. Nuevamente la política tributaria y las medidas de democratización deberán ser las herramientas más efectivas empleadas en esta lucha. Cuanto más crezca una empresa, tanto más deberá ser gravada y esta herramienta deberá ser empleada a fondo en el caso de las corporaciones transnacionales y los bancos.

El cuidado de la Naturaleza estará en el foco de todos los cambios políticos, sociales y económicos tanto como la preocupación por la suerte de aquellos sectores de la población que bajo el capitalismo primitivo fueron los que más sufrieron y todavía sufren. Todos los intereses privados deberán subordinarse a estas dos prioridades.

Se entiende que todas las transformaciones deberán asegurarse a través de mayoritarias resoluciones democráticas de base. Crecimiento sin justicia, tal como se ha dado desde hace tres siglos de dominio capitalista casi en todas partes, ya no puede ser avalado por una mayoría esclarecida. Sólo podrá valer como progreso aquello que es percibido como tal por la mayoría después de un debate arduo y de amplio espectro – una opinión mayoritaria que con los medios modernos de la informática puede ser obtenido de forma rutinaria y sin problemas por el camino plebiscitario. El control de la competencia plebiscitaria en todas sus etapas y aspectos debe ser suministrado por comisiones elegidas por voto en las que haya tanto auténticos representantes del pueblo como expertos competentes.

El principio de Solidarity a nivel mundial y la búsqueda de una equiparación global en las chances de vida tienen prioridad máxima. A tal fin, o bien se transforma a la ONU desde la base y se limita drásticamente la influencia en su seno de los países hoy poderosos, o bien se deberá crear un nuevo organismo que esté en condiciones y a la altura de los imperativos de una democracia de base de alcance mundial.

Como reformas urgentes y rápidamente realizables para la regulación y configuración más justa de las relaciones económicas globales se ubican en primera fila el gravamen a las transferencias financieras, la elaboración del acuerdo tributario universal mencionado en el capítulo 16, la eliminación de todos los paraísos fiscales, la condonación (parcial) de deudas para países subdesarrollados, una amplia protección de especies en peligro, la prohibición de fabricación, comercialización y empleo de productos y procedimientos dañinos para el medioambiente, gravámenes adicionales especiales para la utilización de recursos no renovables, normas globales obligatorias para el derecho laboral y la política de inversiones y una nueva regulación, repensada desde los fundamentos, de los derechos de patente.

El suelo como factor de producción de importancia vital debe ser retirado del régimen de propiedad privada. En el transcurso de la historia, esto ha llevado a enormes injusticias y abusos. La tierra es propiedad de la comunidad. Ella puede ponerse a disposición de productores individuales o colectivos mediante contratos de arriendo, siendo la duración de los contratos de importancia decisiva. Esta duración debería estar presumiblemente entre los 50 y los 100 años, pero el contrato debe poder ser cancelado por el Estado en cualquier momento, en caso de que los beneficiarios no cumplan con las obligaciones pactadas. Por supuesto, tiene que ser considerada asimismo la posibilidad de una prolongación o renovación

casi automática de los contratos de arriendo, siempre y cuando estén dadas las condiciones para ello.

O sea, que aquí no se trata de una política de reforma agraria comunista o socialista mal concebida que desaliente o prohíba cualquier iniciativa privada. Los agricultores tienen el derecho de sembrar el suelo por iniciativa propia, individualmente o en forma cooperativa, y de disfrutar los frutos de sus esfuerzos. Pero lo que debe ser evitado es el surgimiento de latifundios, porque han originado horrendas injusticias sociales en el pasado y provocan enormes abusos ecológicos en la actualidad. Simultáneamente, el Estado solidario, en lugar de explotar la tierra él mismo a través de estatizaciones, apoyará la iniciativa personal y el espíritu cooperativista de los beneficiarios con todos los medios de la formación, la técnica, el otorgamiento de créditos y ayuda para la organización democrática del estamento agrícola. Un manejo prudente de los recursos naturales será la ley suprema de todo el accionar económico.

El arduo proceso político para el fortalecimiento de las estructuras solidarias en la economía y en la sociedad, se orienta contra el mito de que las transformaciones profundas en la sociedad y la economía sólo pueden provocarse mediante revoluciones en el sentido de levantamientos violentos. La cuestión de poder **será** planteada y es de importancia eminente, pero debe ser abordada con sentido y espíritu democrático: a la larga el ejercicio del poder sólo puede ser asumido por un grupo, movimiento, partido o coalición de varias organizaciones políticas, que argumenten científicamente de manera sólida y que puedan imponerse con ayuda de su fuerza de persuasión en el proceso plebiscitario.

En un sentido más amplio, el movimiento Solidarity debe ponerse objetivos que trasciendan la política impositiva y la democratización de la economía. De ahí pueden resultar importantes puntos de contacto con los partidarios de la “Política Integral”, por ejemplo. Estos esfuerzos corresponden, en primer lugar, a la educación y al contexto cultural en el que se desarrollan las reformas estructurales.

El desarrollo integral descansa sobre la moderación material que conforma el punto de partida para una pacífica convivencia entre los seres humanos y de estos con la Naturaleza. Las raíces intelectuales de esta “escuela” hay que buscarlas entre representantes prominentes de las diferentes ramas de las ciencias humanísticas como Jean Piaget, Jürgen Habermas, Albert Einstein, Rüdiger Safranski (“Revolución del alma”, Capítulo 4) entre muchos otros. Todos ellos aspiran a la realización integral de la persona en la que no sólo se desarrollen el cuerpo y el intelecto, sino también (y dándole el mismo valor) los sentimientos, el espíritu y el alma. La ambición de consumo del *homo oeconomicus*, tal como se la cultiva actualmente por los poderes dominantes y que aliena al ser humano, es vista por ellos como una satisfacción sustitutiva, que al final jamás funciona en ninguna parte. Además el desarrollo integral se refiere a la realización de todas las personas, no a la de determinadas élites y naciones o regiones privilegiadas.

Este ideal parece corresponderse con el *sumak kawsay* de los quechuas ecuatorianos y con el *suma qamaña* de la población aymara boliviana. Estos conceptos del idioma de los habitantes originarios se traducen al español como “buen vivir”. En su convicción, éste debería ser el auténtico objetivo de todas las acciones y actividades y no el simple crecimiento económico o el desarrollo definido de acuerdo a criterios de valor materialista.

A esta altura ya se sospecha la gran importancia que tendrán la educación y la formación en esta nueva sociedad. Uno de los secretos del porqué los países de Europa Central (Alemania, Austria, Suiza) alcanzaron tan alto grado de desarrollo (de acuerdo al ideal económico y científico de esas naciones), es el sistema educativo que han desarrollado a lo largo de siglos de tradición. Esta es la llave para la construcción de estructuras económicas sólidas que descansan mucho más en el arte del oficio que en los medios financieros. Los conocimientos de este arte son transferidos con paciencia y dedicación por el maestro a los jóvenes bajo su tutela y constituyen una de las condiciones más importantes para el éxito económico. Esta llave, la transferencia de conocimiento y habilidades de una generación a otra, está disponible, en realidad, de una u otra forma en todos los pueblos. Sólo debe ser puesta al servicio de aquello que ellos mismos entienden por auténtico progreso.

Una última acotación al tema educación y formación y que apunta al rol de los medios masivos de comunicación y también a la publicidad. Salvo escasísimas excepciones, su función actual en la sociedad parece ser conducir inconteniblemente a engaño. El grupo de medios que ofrecen a sus consumidores información sustancial, contextualizada y de alto valor se ha reducido cada vez más en las últimas décadas. Y este grupo apunta mayoritariamente (pero por suerte no siempre) a los grupos elitistas y dominantes. Para la sociedad solidaria, una auténtica democratización de la información será una absoluta necesidad y tendrá una importancia invaluable.

¿Revolución o evolución?

Para el proceso de reformas radicales que tenemos por delante, la cuestión del tiempo es eminentemente importante. Vivimos en una época de aceleración furiosa y de permanente falta de tiempo. Cada vez son más raras las veces que nos detenemos para reflexionar hacia donde nos conduce, en realidad, toda esa precipitación.

La democracia requiere en verdad mucha paciencia. Se necesita tiempo, generalmente mucho tiempo hasta que transcurran todas las etapas de las disputas y negociaciones, hasta que la discusión de las resoluciones planeadas esté agotada y se decidan las cuestiones. Al mismo tiempo, el capitalismo, con su despabilamiento constante de nuevas necesidades, casi siempre ficticias, nos apremia a decisiones rápidas. Sobre todo en nuestro mundo “desarrollado”, en el Norte y en algunas islas de bienestar en el Sur, el consumo debe ser incansablemente aumentado – da igual cuántos quedan excluidos a nivel global, da igual el pavoroso daño que se infringe al medioambiente.

Todavía existen en el planeta –en Amazonia y en los Mares del Sur–, pueblos en cuyo idioma no existe una palabra para caracterizar el concepto “rapidez”. Como constata Lothar Baier en un pasaje de su ensayo *¡No hay tiempo!* para ellos cuenta sólo la intensidad de una actividad o movimiento. Allí la rapidez es un aspecto totalmente subordinado que no merece ninguna atención especial. En nuestra cultura occidental, por el contrario, la lentitud se concibe verdaderamente como fenómeno patológico, como un rasgo de perturbaciones. “Para sobrevivir, el hombre del siglo XX está condenado a adaptarse a una sociedad en cambio constante en la que todo se modifica ante sus ojos” – un desafío enorme para el que los menos están preparados. Por el contrario, en la valoración social, los cambios de principios morales transcurren despacio. Esto queda demostrado, por ejemplo, con la abolición de la esclavitud

en Estados Unidos, pero también a nivel mundial con el lento desarrollo de derechos democráticos y de superación de ciertos tabúes (por ejemplo, en lo que respecta a la homosexualidad). También demorará largo tiempo hasta que se modifiquen concepciones morales tradicionales sobre conductas caritativas que son inherentes al capitalismo (como hemos visto en el capítulo 6). Desde luego esto vale sobre todo para transiciones de un sistema (el capitalista) a otro, especialmente si este último se propone descansar sobre el principio de la solidaridad. Un sistema semejante sólo puede surgir a través de larga práctica de autogestión en todos los sectores.

Comparto con Richard Wilkinson y Kate Pickett la opinión de que no necesitamos ningún levantamiento revolucionario, sino una corriente continua de transformaciones en una dirección constante. Su objetivo debe ser darle a la sociedad una forma más social, reemplazando la motivación económica básica de la maximización de ganancias por el principio de la solidaridad para que la desigualdad explosiva paulatinamente se reduzca y, al mismo tiempo, ascienda sustancialmente el contenido democrático de la sociedad. Los profundos cambios revolucionarios por vía violenta siempre provocan inseguridad, siembran miedo y espanto y han conducido siempre a catastróficos retrocesos a lo largo de la historia. Como subrayan ambos científicos británicos, en el transcurso de esta evolución debemos “ocuparnos por un cambio de los valores públicos para que el consumo ostentativo no despierte admiración o envidia por más tiempo, sino que sea visto como problema, como signo de codicia e injusticia que arruinan a la sociedad y al medioambiente.”

Aun cuando el cambio aquí descrito se realice a través de un proceso evolutivo, paciente, acuñado de espíritu democrático, al final la mayoría de la población y de los pueblos lo festejará como si fuera una revolución. La reacción no se hará esperar. Aquellas fuerzas sociales que se aprovechan del *status quo* no se quedarán quietas. Los conservadores de Venezuela no hubieran titubeado en reprimir brutalmente a la izquierda, si su golpe de estado del 11 de abril de 2002 hubiera culminado exitosamente. No obstante, el presidente Chávez, después de su retorno al poder los trató con suavidad y tampoco molestó demasiado en su posterior desempeño a los medios de comunicación privados, que habían colaborado en la organización de la tentativa y apoyaban a los golpistas abiertamente. Es evidente que el parte del convencimiento de que una supresión de la libertad de prensa pondría en peligro todo el proceso.

Si Chávez hubiera sido un Pinochet, las cosas hubieran terminado de otra manera. En su carácter de espíritu rector de un “Socialismo del siglo XXI”, él no quiso entrar a la historia como un tirano represor y vengativo y, algún día, verse colocado junto al carnicero de Santiago. Más bien aprovechó la oportunidad para continuar el proyecto revolucionario de consolidación democrática de su gobierno constitucional en etapas evolutivas.

Una utopía necesaria

El filósofo francés Henri Lefevre definió la utopía como “lo que está detrás del horizonte”. En la Grecia Clásica, la palabra utopía significó "lugar que no existe", por extensión, un poco más tarde, pasó a significar "lugar que aún no existe". Sólo aquellos que miran lo que todavía no se ve, o sea, aquellos que ven más allá del horizonte, serían realistas. Y sólo ellos tendrían una chance de transformar el mundo.

En realidad, uno debería preguntarse si el pensamiento político sin utopía tiene algún sentido. La utopía liberal surgió en el siglo XVIII como crítica al feudalismo y se hizo realidad paso a paso en el siglo XIX. Lo que hoy obstaculiza la utopía de una sociedad más humana es menos la incapacidad de sus precursores de expresarla en términos realistas, que la estrategia embrutecedora de los medios burgueses que apunta a fomentar la apatía de la mayoría del pueblo.

El verdadero desarrollo no se agota en cifras de crecimiento del Producto Bruto Interno y derroche en grandes cantidades de energía y materias primas. Requiere no sólo fría inteligencia científica, sino también emocional, otorga al individuo un mínimo de amparo en el seno de una sociedad sustentadora e idealista. La solidaridad como principio crea las condiciones para la tranquilidad interior, una tranquilidad inmanente del individuo y también del colectivo que posibilita el desarrollo interno y que es mucho más importante que el patrimonio o el prestigio.

Si el reajuste de riquezas y de oportunidades se realiza en una escala razonable y moralmente convincente, entonces pueden surgir las condiciones para que todos –y no sólo las minorías privilegiadas– puedan disfrutar de la calidad de tal desarrollo y del encanto de cada instante. Pero esto presupone desaceleración y renuncia a bienes que finalmente resultan fútiles. En el marco de un capitalismo como el que surgió de siglos de acoso y saqueo, este objetivo no puede alcanzarse.

“Las personas más felices del mundo no tienen calles asfaltadas. No disponen tampoco de recursos naturales significativos. No tienen ejército.” El autor de estas tres oraciones lapidarias es el alemán Richard David Precht. Las encontré casi al final de su libro *Philosophische Reise (Viaje Filosófico)*. Se refiere a Vanuatu, un pequeño estado insular en los Mares del Sur.

De acuerdo con sondeos de la New Economic Foundation, Vanuatu sería el país más feliz del mundo. “Las personas aquí son felices, porque se conforman con poco”, le explica un nativo a Precht. “La vida gira alrededor de la comunidad, de la familia y del bien que uno le puede hacer al otro.” Este sería un lugar, donde no se tendrían grandes preocupaciones.

Dinero, consumo, poder y la perspectiva de llegar a una gran edad, todo eso no haría la felicidad, concluye el filósofo alemán. Si se satisfacen determinadas pretensiones, crecen rápidamente otras nuevas, mientras uno se acostumbra rápidamente a aquello que ya se posee. En consecuencia la riqueza sería un concepto muy relativo. La ambición material provocaría un estado permanente de insatisfacción en el que no podría surgir ninguna felicidad duradera. La plena ocupación creativa y la paz social serían más importantes que los índices de crecimiento del PBI. El mensaje debería ser “felicidad para todos” en lugar de “crecimiento y siempre más crecimiento económico”.

Estos son pensamientos muy bonitos sobre filosofía de vida. No obstante, albergan en sí mismos el peligro de que los unos les digan a los otros: “Sean nomás felices a su manera. No tenemos nada en contra. Pero nosotros seguiremos buscando nuestra felicidad en el progreso y en la creación de riqueza.” Sin embargo, entretanto sabemos que existe una estrecha relación

entre la riqueza de los unos y la pobreza de los otros. Y también sabemos que una parte gigantesca de la riqueza no se ha logrado por medios puramente democráticos.

Debido a eso, los fundamentos para una sociedad democrática, justa y pacífica sólo pueden ser cimentados mediante reformas radicales que apunten a la concreción del principio de solidaridad. Se podría oponer que probablemente Vanuatu no tenga una progresión impositiva tan fuerte como Suecia o Dinamarca. Seguramente: estos dos mundos –una república minúscula en los Mares del Sur, por un lado, y la galería de los países más ricos, poderosos, industrializados o rápidamente emergentes, por el otro– no podrían ser más diferentes en muchos aspectos. En consecuencia, no pueden tener ante sí el mismo camino al futuro. Pero en su camino sí pueden ver el principio de solidaridad como meta.

Si el sistema capitalista empieza a patinar y tambalearse, desde la derecha siempre surge el clamor por la “unidad nacional”. “Todos, empresarios y trabajadores deben tirar de la misma cuerda”, rezan para salvar a la economía fuera de quicio. Todos deben ofrecer sacrificios para conjurar la calamidad... Eso ya lo conocemos. Tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo, en el Norte como en el Sur, el mismo seductor canto de sirenas.

Tampoco faltarán voces que nos acusen de “subversión”. Con eso debemos contar. Cuando ya no queda otro argumento, se tira éste sobre la mesa. La intención es clara: un proyecto social que en su desarrollo es evolutivo, pero que en sus objetivos y en su proyección es revolucionario, debe ser desacreditado. Todas las aseveraciones de que nuestro deseo está centrado en una democracia más creíble de la que un gobierno burgués jamás haya podido realizar, serán echadas en saco roto. Este conflicto es inevitable: aquí la democracia capitalista burguesa, allí la solidaria.

También nosotros hacemos un llamado a los seres humanos a cerrar filas codo a codo. Pero no con el objeto de salvar al apolillado sistema capitalista de cuño neoliberal. Exhortamos a la unidad para contribuir con la irrupción del principio de solidaridad. Este es nuestro futuro: Solidaridad de todos con todos los que crean en este destino de la comunidad, de todos los que mantengan frente a sus ojos la lejana meta de una economía dirigida hacia el bienestar común y quieran sepultar el viejo sistema de la maximización de ganancias obtenidas a cualquier precio, del egoísmo individual y colectivo y del materialismo inhumano.